

Cataluña (y III)

A Josep Tarradellas le conocí siendo presidente de la Generalidad y me sorprendió mucho y favorablemente. Le venía muy bien la edad, que es la experiencia, y el largo exilio en Francia. No son dos cosas buenas, pero políticamente resultan muy útiles. Luego nos vimos largamente en aquel célebre viaje suyo a Madrid, que le resultaría preocupante y decepcionante. Tarradellas era una de las buenas cabezas de la transición. Por eso cuando preparé mi viaje a Barcelona figuraba la visita a Tarradellas. Afortunadamente, tiene sus ochenta y dos años **congelados**. Podría haber sido el Adenauer catalán, sin que pasara nada. La diferencia entre este hombre y los que hoy gobiernan Cataluña es un problema de **métodos**. Tarradellas es partidario de la **vaselina** en sus relaciones con Madrid, y excluye la violencia, la intimidación y la demagogia. Y, simultáneamente, tiene una preocupación prioritaria a **lo catalán**, y que es la seguridad del Estado español y del sistema político democrático. Si esto fallara —viene a decir— lo catalán estaría en ese despenadero. Por eso cuando venía a Madrid, y le preguntaban por la autonomía de Cataluña, les respondía que le hablaran sobre la situación de aquellas dos cosas, porque **lo catalán** siempre iría bien como consecuencia de que todo fuera bien. Y como entonces nadie le tranquilizaba en Madrid, regresaba intranquilo a Cataluña. A lo largo de todo un año ha ejercido el género epistolar, preferentemente con estas tres personalidades: con el Rey, con el presidente del Parlamento catalán y con el director del periódico «La Vanguardia» de Bar-

celona. Esta última carta se publicó y armó un gran revuelo. Era la actitud disconforme de Tarradellas con el modo de llevar sus relaciones con Madrid las nuevas autoridades de Cataluña. Jordi Pujol es más joven, su catalanismo se ha hecho en la etapa histórica entre Companys y Tarradellas en el exilio, es más impaciente, y tiene toda la irritación de los fervores que aparecen en la masa de la sangre. Tarradellas tenía ya protagonismo en el Estatuto del 32, vio la guerra civil, sobrevivió al largo exilio en Francia, y el regreso tenía todo el objetivo de la integración. En una de sus cartas decía: «Nuestro país es demasiado pequeño para despreciar a ninguno de sus hijos, y lo bastante grande para que quepamos todos.»

En esta visita mía en su casa de Barcelona le noté una preocupación principal, y que era el tema militar. Lamentaba las difíciles relaciones actuales entre Cataluña y Madrid, pero las relegaba. Seguía instalada en su cabeza la preocupación por el modo de llevar Madrid la política general de la nación. Un factor principal, a su juicio, era el erróneo comportamiento con las Fuerzas Armadas, que era ya un tema antiguo. A Tarradellas lo recibieron de uñas los militares, y se los ganó muy pronto. No se trataba de disminuirse delante de los militares —porque esto habría sido inaceptable—, sino la de no tener con ellos el tratamiento de la vigilancia, de la selectividad política, y del temor. Tarradellas tiene preocupación por el juicio de los inculpados del 23 de febrero, y en general por cierto acoso dialéctico a las Fuerzas Armadas, que tienen a

su favor el acto de obediencia al Rey en el suceso de la restauración de la democracia. Tarradellas siente un gran respeto por el Rey. Es un político que ve los riesgos y se hace esta composición de lugar: Para evitar el **golpe militar** lo inteligente es hacer la manobra de «un golpe de timón».

En mi camino de regreso meditaba sobre todo esto: «¡Qué error, qué inmenso error» que nuestros políticos de la **nouvelle vague** hayan sabido tan poco de **descentralización** del Estado —que esa es la madre del cordero— y no elegir como pieza maestra del nuevo Estado la **región**. Todo habría sido muy fácil. Las **regiones** son **ésta**s. Los cometidos **están ahí**. Y el Estado de todos, España, tiene estas **competencias** ineludibles. Pero se armaron un barullo con siglo y medio de pendencias, y de exhibición de tradiciones y de novedades, y queriendo contentar a todos resulta que no están contentando a nadie. No tengo ninguna fe «de andar todos juntos por la senda de la Constitución». Esa senda, en lo que se refiere a la imagen del nuevo Estado, está obstruida, y demás no va a ninguna parte.—**Emilio ROMERO**.